

Manfredo

MANFREDO,

POEMA DRAMÁTICO.

~~~~~~
~~~~~~

MANFREDO,

POEMA DRAMÁTICO

DE

LORD BYRON.

TRADUCIDO EN VERSO DIRECTAMENTE DEL INGLÉS AL CASTELLANO

POR

D. JOSÉ ALCALÁ GALIANO
Y FERNANDEZ DE LAS PEÑAS.



MADRID:

IMPRENTA DE A. VICENTE, PRECIADOS, 74.

1861.

Á LA MEMORIA

DE

MI INOLVIDABLE Y QUERIDO PADRE.

D. E. P.

ADVERTENCIA.

Sucede con frecuencia que las traducciones, especialmente de obras poéticas, mas que fieles traslados, sean paráfrasis de los originales, ya porque á ello obligue la diversa índole de los idiomas, ya por la naturaleza de las producciones que se traducen.

Nada de esto sucede con la version que someto al juicio del público. En ella me he ceñido completamente al original; he procurado conservar, no solo el sentido literal, sino hasta la construccion de los versos, su corte especial, sus giros esencialmente ingleses. He adoptado el verso libre en que está escrito el poema; y en los cantos líricos he elegido la versificacion que con ellos tiene mas analogía, tanto en la rima como en el metro, y aun en el acento. Héme propuesto, en fin, hacer la mas fiel reproduccion posible en nuestro idioma de esta notable y extraña composicion. Trozos hay en que, con cortas nociones que el lector tenga de la lengua inglesa, podrá comprender el texto teniendo la version á la vista.

Si he vencido las grandes dificultades que ofrecia mi empresa; si he logrado mi intento, solo al lector inteligente toca juzgarlo. Si ha sido loca pretension la de trasladar á nuestra lengua bellezas del vigoroso y altísimo génio de Byron, el público disculpará la exaltacion de un jóven de pocos años, que entusiasta por la poesía, y admirador de los grandes poetas, intenta reproducir y esparcir sus sublimes creaciones, ya que se juzga impotente para producir obras originales de algun valor.

La presente traduccion no aspira á alcanzar gloria, sino á merecer aceptacion; pues harta gloria será para el traductor si logra que se aplauda su propósito, aunque no su acierto, y que se pronuncie su humilde nombre al pronunciar el inmortal nombre de un vate que honra con justicia á la poesía, y á la nacion inglesa.

PRÓLOGO.

De entre los poetas ingleses, y particularmente de entre los que florecian en los primeros años del presente siglo, solo lord Byron ha adquirido alto concepto en nuestra España, porque á Walter Scott conocemos los españoles como novelista y apenas como poeta. Bien es cierto que á tan esclarecido ingénio no ha llegado á conocer y celebrar España hasta que la vecina Francia le dió lo que bien puede llamarse el pase necesario para su entrada en el gremio de autores dignos de estudio y aprecio. Y con todo, lord Byron es mas nombrado que verdaderamente conocido en nuestra patria, donde son pocos los que han leido sus obras en su lengua original y en su forma primitiva, supliendo la falta de una y otra una version en prosa francesa. Porque si Espronceda, sin duda dotado de altas prendas poéticas y dueño del idioma inglés, habia leido y estudiado las poesías de Byron con empeño y aficion, y dádose con frecuencia á imitarlas, saliendo mas de una vez airoso de su empresa, aunque mezclando recuerdos de Beranger con los del par de Inglaterra, todavía es cierto que por la naturaleza

de las composiciones de nuestro poeta moderno, no pudo llegar á comprenderse cabalmente la índole del autor que imitaba. Para el logro de este intento es indispensable tener verdaderas y fieles versiones del original inglés, ya sean en prosa poética, ya en verso; cuestion en que andan discordes los pareceres sobre qué modo de dar á conocer las poesías estranjeras es preferible, y acerca de la cual no quiere dar su opinion el autor de este prólogo, bastándole haber de recomendar hasta cierto punto una traduccion metrificada.

Al acometer la obra de traer de una á otra lengua composiciones poéticas, debe el traductor, y no deben menos los lectores que hayan de juzgarle, hacerse cargo del carácter del poeta, y tambien del de la nacion y lengua en que el original ha sido concebido y escrito. No de otro modo es posible empaparse en el espíritu de los originales para enterarse bien de lo que en ellas ha de conservarse y variarse al traducirlos, y no de otra manera pueden juzgar bien los lectores al encontrarse con ideas y expresiones que son para ellos peregrinas.

Lord Byron, cuya fama empieza á decaer entre sus compatricios con harta mas injusticia que la que hubo para ensalzarle en demasía, tiene singular mérito como poeta descriptivo, y además como inventor y admirable delineador solamente de dos caractéres, que con leves variaciones aparecen en todas sus obras. El uno

de hombre, ya se llame Childe-Harold, ya Conrado, ya Lara, ya, en fin, con otros varios nombres, es siempre un personaje un tanto misterioso, de bello pero severo aspecto, tétrico, ceñudo, cansado del mundo, á quien parece que ha infundido hastío al placer la circunstancia de haber gozado y apurado toda clase de deleite; de pasiones vivas, y asimismo intensas, pero comprimidas, y que asoman por entre una frialdad aparente. El otro de mujer, ahora con el nombre de Haidée, de Medora ó Myrrha, tierna, arrebatada, sencilla, y reproduciendo, aunque no con igual variedad, las inimitables creaciones con que Shakspeare ha enriquecido sus obras.

El carácter primero, aunque frecuentemente reproducido por el poeta, quizá en ninguna de sus composiciones aparece tan fuertemente delineado, tan vivamente colorido, y tan bien puesto en movimiento, como en el *Manfredo*, obra semi-dramática, pero de cierto no propia para ser representada, y en que una persona y una pasion ocupan exclusivamente la atencion de los lectores. En los dias de la gran fama de su autor, todavía vivo, el *Manfredo* pasaba, si no por su mejor composicion, por una de las mas notables. Y si contribuia á darle mas crédito la circunstancia de creer en ella representado al poeta en muchos de sus pensamientos, y quizá en alguno de sus actos, como llegaron á creer, y aun á afirmar, no pocos ingleses y estranjeros, y entre ellos el insigne y célebre Goëthe, no

era esto solo lo que realzaba el mérito de la obra, cuyo valor, en sentir de quien esto escribe, altísimo, consiste en la apenas reprimida vehemencia y terrible intensidad de la pasion que al héroe domina. Verdad es que en tiempos posteriores algun crítico desabrido, como es un escritor en la *Revista de Westminster*, intenta impugnar un fallo tan favorable, y rebajando en general el mérito del ya difunto poeta, todavía no cuenta al *Manfredo* por una de las producciones de su ingenio mas dignas de admiracion y elogio. Pero estas críticas en que asoma el empeño de ensalzar á otros poetas en competencia de aquel á quien en tiempos no remotos tanto aplaudian y admiraban su propia patria y las naciones vecinas, no es de creer que tengan gran número de aprobadores.

Dado que sea innegable el gran mérito de lord Byron en su línea, como al escritor de estos renglones parece, bien puede considerarse consecuencia forzosa tasar en precio muy subido una produccion en que especialmente se descubren y notan las perfecciones y las faltas de las obras de tan esclarecido ingenio.

Trasladar á nuestro idioma castellano una composicion de tal naturaleza, es ciertamente árduo empeño, sobre todo para un jóven como lo es el escritor de la version que en seguida aparece á sujetarse al juicio del público. La poesía inglesa en sus formas, y aun en sus conceptos, difiere mucho de la de las lenguas latinas. Los poetas ingleses, y aun los escritores en

prosa de la misma nacion en el presente siglo, han abandonado la imitacion de los franceses que en el XVIII cundió, así como entre nosotros, en la Gran Bretaña. Así es que Pope y los de su escuela, y aun Milton con ser anterior, por lo que tenia de clásico y latinizado, pueden ser concebidos por los lectores, y trasladados por los traductores extranjeros con harta mas facilidad que un Coleridge, un Shelley ó un Byron. Agréguese á estas particularidades la índole peculiar del idioma inglés, y aun la brevedad de sus vocablos, que obligan á quien los traslada á una lengua neo-latina, y en general polisilábica, á ser rodeado y difuso.

Al apuntar estas dificultades el autor del presente ligero trabajo, no oculta ni quiere ocultar que se presenta apadrinando al traductor; pero apadrinándole solo, esto es, sacándole al campo donde por sus propias fuerzas y habilidad, y no por el poder de su padrino, ha de adquirir la palma si la merece. El público es el juez del campo; pero el público es juez bondadoso, aunque imparcial, y no será mal que se le haga presente cuán justo es tome en cuenta que el empeño de naturalizar en nuestra patria á un poeta inglés, y con él á la poesía inglesa, que merece y apenas tiene entrada en nuestro Parnaso, es empresa digna, si no de aprobacion, de algo á ella semejante, y cuando menos merecedora de indulgencia.

Antonio Alcalá Galiano.

PERSONAJES.

Manfredo.
Un cazador de gamuzas.
El Abad de San Mauricio.
Manuel.
Herman.
La Hada de los Alpes.
Ariman.
Nemésis.
Los Destinos.
Espíritus, etc.

La escena del drama es en medio de los Alpes Altos, parte en el castillo de Manfredo, y parte en las montañas.

MANFREDO,

POEMA DRAMATICO.

«There are more things in heaven and earth, Horatio,
Than are dreamt of in your philosophy.»

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

MANFREDO solo.—Una galería gótica.—Media noche.

MANFREDO. La lámpara llenar es necesario,
Pero no arderá tanto como debo
Yo velar: mi reposo (si reposo)
No es un sueño tranquilo, solamente
Es la continuacion del pensamiento
Siempre incesante, irresistible entonces:
Vela mi corazon; cierro estos ojos
Solo para observar dentro; no obstante
Vivo y tengo la forma de un viviente.
El dolor enseñar debiera al sabio:

La tristeza es la ciencia, y así aquellos
Que saben mas son los que mas lamentan
La profunda y fatal verdad; el árbol
Del saber, no es el árbol de la vida.
Filosofía, ciencias, el orígen
De los portentos y el saber del mundo
He estudiado; un poder hay en mi mente
Que sus grandes problemas avasalla;
Pero no sirven: bien hice á los hombres,
Y aun hallé el bien entre los hombres mismos;
Mas esto no ha servido: tuve algunos
Enemigos, ninguno me ha humillado,
Mientras que muchos ante mí cayeron;
Mas esto no ha servido. Bien, mal, vida,
Facultades, pasiones, cuanto he visto
En otros séres, para mí fué solo
Cual lluvia sobre arena desde aquella
Hora sin nombre. Nada temo, y siento
La maldicion de no tener siquiera
Ni un natural temor, ni una intranquila
Palpitacion de anhelos, esperanzas,
Ni oculto amor hácia algo de la tierra.
A la obra pues.
¡Agentes misteriosos!
¡Génios del universo ilimitado,
Que he buscado en la luz y en las tinieblas!

Vosotros, que girais del mundo en torno
Y en muy sutil esencia habitais siempre;
Vosotros, para quienes son guaridas
De inaccesibles montes las alturas,
Y á quienes de la tierra y Oceáno
Las cavernas son cosas familiares:
Os llamo á todos por aquel escrito
Encanto que me da sobre vosotros
Autoridad. ¡Apareced! ¡Alzáos! *(Pausa.)*
Aun no vienen. Entonces por aquella
Voz del que es el primero entre vosotros,
Por este signo que temblar os hace,
Por los derechos del que nunca muere:
¡Apareced! ¡Apareced! ¡Alzáos! *(Pausa.)*
Pues que es así, ¡oh espíritus del aire
Y la tierra! no habeis ya de eludirme:
Por un poder mas hondo todavía
Que cuantos invoqué, potente encanto
Nacido en una estrella condenada,
Resto ardiente de un mundo demolido,
Infierno errante en el eterno espacio,
Por la cruel maldicion que hay en mi alma,
Y por el pensamiento que está dentro
De mí, y enderredor de mí, yo os mando
Cumplir mi voluntad. ¡Apareceos!

(*Aparece una estrella en la extremidad mas os-*

cura de la galería; permanece inmóvil, y se oye una voz que canta.)

1.er Espíritu.

¡Mortal! por tu mandato subyugado,
Abandoné al instante mi mansion,
Que en las nubes ligeras ha formado
El soplo del crepúsculo veloz,

Y el sol poniente del ardiente estío
De púrpura colora con azul,
Que dan mezclados al albergue mio
El resplandor de su brillante luz;

En un rayo de estrella he cabalgado
Tu evocacion pudiendo aun rechazar;
Fuí por tus juramentos subyugado.
¡Mortal! ¡revela, pues, tu voluntad!

2.° Espíritu.

Es de todas las montañas
El monarca el Monte Blanco;
Ellas tras largas edades
Como rey le coronaron
En firme trono de rocas,

De nubes con régio manto
Y con diadema de nieves.
Hay bosques entrelazados
Alredor de su cintura,
El témpano está en su mano,
Que atronador para hundirse
Debe esperar mi mandato.
La masa fria y movible
Del ventisquero elevado
Se va mas dia por dia
Al precipicio acercando;
Pero yo soy quien le ordeno
Pasar veloz atronando,
Ó bien con sus propios hielos
En un momento le paro.
Soy génio de este lugar,
Puedo hacer hundirse al alto
Monte, y puedo sacudirle
Desde sus cimientos bajos
Y cavernosos. Conmigo
¿Qué quieres? ¿por qué has llamado?

3.er Espíritu.

En el fondo azul del agua
Donde la ola no se agita,

:

Donde el viento es un extraño
Y del mar la sierpe habita;
Donde adorna la sirena
De conchas sus verdes rizos,
Cual tormenta sobre el agua
Vino el son de tus hechizos.
A mi estancia de coral
Hondo el eco le llevó;
¡Dí al espíritu del mar
Tus deseos cuáles son!

4.° Espíritu.

Do el dormido terremoto
Reposa en llamas ardientes
Y los lagos de betunes
En alto suben hirvientes;
Do los Andes sus raices
Hondas clavan en el suelo
Tanto como salen fuera
Sus mil cumbres hácia el cielo,
Mi natal sitio he dejado
Tu mandato al escuchar,
Y tu voz me ha subyugado:
¡Guíeme tu voluntad!

5.° Espíritu.

Jinete soy del viento,
Yo enciendo la tormenta,
El horrible huracan que he abandonado
Aun con el rayo ardiente está abrasado:
Para venir contigo, en un momento
La tierra he recorrido
Y la mar turbulenta
Por aquilon rugiente conducido.
La armada que he encontrado, felizmente
Las ondas dividia;
Mas se habrá sumergido
Antes que haya la noche trascurrido.

6.° Espíritu.

Mi estancia es de la noche el lúgubre capuz.
¿Por qué así me atormenta tu mágia con la luz?

7.° Espíritu.

La estrella que dirige tu destino
Regi desde antes que la tierra fuera:
Nunca un astro mas nuevo, mas divino

Enderredor del sol giró en la esfera;
Era su marcha libre y arreglada;
No albergaba el espacio mas hermosa
Estrella; la hora vino y fué tornada
Masa errante de llamas espantosa,
Vago cometa, maldicion temida,
Del universo la amenaza fiera,
Por sus innatas fuerzas impelida,
Sin órbita ninguna y sin carrera,
¡Deformidad brillante en eminencia!
¡Mónstruo, del cielo en las alturas puesto!
¡Y tú! ¡nacido bajo su influencia
Gusano, á que obedezco, á quien detesto!
Por un irresistible poderío
(Que no te pertenece, y te han prestado
Únicamente para hacerte mio)
Por este corto instante aquí he bajado,
Donde á tu alrededor miro estos séres
Postrados ante tí, y aquí contigo
Conversando con cosa cual la que eres.
¡Hijo del polvo!... ¿qué quieres conmigo?

El 6.° Espíritu.

La Tierra, el Océáno, el Aire y las Montañas,
Los Vientos y la Noche, tu Estrella están aquí,

Aguardan tu mandato y esperan tus señales
¡Hijo del polvo!.... juntos se encuentran ante tí
Sus génios, que han venido oyendo tu llamada.
¿Qué quieres con nosotros, hijo de humanos? dí.

MANFREDO. El olvido.

1.er ESPÍR. ¿De qué? ¿de quién? ¿por qué?

MANFREDO. De aquello que hay dentro de mí; leedlo,
Lo sabeis; yo no puedo revelarlo.

ESPÍRITU. Aquello que tenemos solamente
Te podemos prestar: súbditos pide,
Soberanía, imperio sobre toda
La tierra, ó solo de una parte, un signo
Que te someterá los elementos
De que somos señores, uno ó todos
Tuyos serán.

MANFREDO. Olvido, el propio olvido.
¿Y de aquesos dominios tan ocultos
Que con tal profusion vais ofreciendo
No podeis arrancar lo que he pedido?

ESPÍRITU. No está en nuestro poder ni en nuestra esencia;
Pero puedes morir.

MANFREDO. ¿Podrá la muerte
Ofrecérmele?

ESPÍRITU. Somos inmortales
Y no olvidamos; eternales somos,
Y el pasado nos es, cual el futuro,

Presente. ¿Estás ahora respondido?

MANFREDO. Os burlais; mas la fuerza que os condujo
Mios os hace. ¡Esclavos, mi deseo
No desprecieis! la mente y el espíritu,
La prometea luz y la centella
De mi ser es tan clara y penetrante,
Alcanza tanto cual la vuestra propia,
Ni cederá á la vuestra aunque en arcilla
Sujeta! Responded, ó he de enseñaros
Quien soy.

ESPÍRITU. Cual respondimos respondemos;
Está nuestra respuesta en tus palabras.

MANFREDO. ¿Y por qué eso decís?

ESPÍRITU. Si cual dijiste,
Tu esencia es cual la nuestra, respondimos
Diciéndote: la cosa que apellidan
La muerte los mortales, con nosotros
Nada tiene que ver.

MANFREDO. En vano entonces
De vuestros reinos os llamé; ayudarme
No podeis ó quereis.

ESPÍRITU. Habla, pues damos
Cuanto tenemos, todo es tuyo: piensa
Antes de echarnos, pide otra vez reino,
Autoridad y fuerza, largos dias.....

MANFREDO. ¡Malditos! ¿Qué he de hacer yo con los dias?

Harto largos son ya. ¡Fuera, marchaos!

ESPÍRITU. Espera, pues estando aquí servirte
Quisiéramos: medítalo, ¿no hay otro
Don que podamos darte y que no sea
A tus ojos indigno?

MANFREDO. No, ninguno.
Mas venid, un momento antes de iros
Quisiera contemplaros cara á cara.
Escucho únicamente vuestras voces
Suaves y melancólicas, sonando
Cual música en las aguas, y contemplo
El inmóvil aspecto de una estrella
Ancha, brillante; nada mas. Cual fuéreis,
Acercaos á mí uno ó bien todos,
Pero con vuestra forma acostumbrada.

ESPÍRITU. Nosotros no tenemos forma alguna
Mas que del elemento de que somos
El principio y espíritu; tú elige
Forma, y en ella te apareceremos.

MANFREDO. Yo no puedo escoger; no hay en la tierra
Figura para mí bella ú horrible.
Que tome el mas potente de vosotros
La forma que quisiere. ¡Vamos!

7.° ESPÍR. *(Apareciendo bajo la forma de una hermosa mujer.)*
¡Mira!

MANFREDO. ¡Oh Dios! si eres así, si tú no eres

Ni una locura ni una burla, puedo
Aun ser el mas feliz..... Quiero abrazarte,
Y hemos de ser..... *(La sombra se desvanece.)*
¡Mi corazon estalla!

(Manfredo cae sin sentido.)

(Óyese una voz que canta lo siguiente:) (1)

Cuando pálida la luna
En las vagas olas da,
Y el gusano luminoso
En la verde yerba está;
Cuando vuela el meteoro
Por el frio panteon,
Cuando el húmedo pantano
Atraviesa el ambulon;
Cuando el cielo exhalaciones
Mil y mil cruzando van,
Y sus voces repetidas
Las lechuzas tristes dan,
Y en la sombra están las hojas
Adormidas por do quier,
Estará en la tuya mi alma
Con un signo y un poder.

Aunque acaso muy profundo
Sueño puedas conseguir,
No podrá nunca tu espíritu,

No podrá nunca dormir;
  Sombras hay que de tu mente
No podrás desvanecer,
Pensamientos que no puedes
De tí mismo desprender:
  Por poder de tí ignorado
Solo nunca te hallarás,
Pues envuelto y oprimido
Cual con un sudario estás.
  De una nube estás cercado
Que te envuelve en su vapor;
Serás siempre de la esencia
De este encanto habitador.

  Aunque no me percibieres
A tu lado atravesar,
Con tu vista has de sentirme
Y mirarme á tu pesar;
  Me verás como una cosa
Que invisible siendo en sí,
Debe estar donde estuvieres
Y que ha estado junto á tí;
  Cuando luego con secreto,
Con un íntimo terror,
Hácia todas partes vuelvas
Tu cabeza enderredor,

En aquel momento, absorto,
Asombrado has de quedar
De no verme cual tu sombra
En aquel mismo lugar,
Y el poder que pasar sientas
Y que en tí mires nacer,
El poder será que debas
Siempre oculto mantener.

Una voz dulce, armoniosa,
Y una mágica cancion,
Te han herido y castigado
Con terrible maldicion;
Un espíritu del aire
Te envolvió en un lazo ya;
Una voz hay en el viento
Que gozar te impedirá;
Y la noche ha de negarte
De su cielo la quietud,
Y hará el sol del dia anheles
Ver morir su clara luz.

De tus lágrimas mentidas
Una esencia destilé,
Para dar la muerte tiene
Fuerza estraña y gran poder;

Esprimí la negra sangre
De tu propio corazon,
Hasta el mas negro principio
Donde está su emanacion;
Arranqué de tu sonrisa
La serpiente que fatal,
En silencio allí rodaba
Cual por un suave helechal;
De tus labios he estraido
El potente encanto aquel,
Que los da á todos su fuerza
Mas maléfica, mas cruel,
Y probando mil venenos
Conocidos, con ardor,
Hallo el tuyo de entre todos
El mas fuerte y destructor.

Por tu risa de serpiente,
Por tu helado corazon,
Y tu abismo inmesurable
De maldad y execracion;
Tu mirada en apariencia
De virtud y de bondad,
De tu hipócrita y cerrada
Alma, por la falsedad;
Y tambien del arte tuyo

Por la rara perfeccion,
Que hace pase por humano
Tu inhumano corazon;
Por tu union con Cain, de otros
Tu delicia el mal al ver,
¡Te conjuro y te condeno
A tu propio infierno ser!

Vierto el vaso en tu cabeza,
Que te debe sujetar
A esta prueba; es tu destino
Ni morir, ni reposar;
Aunque juzgues en tu anhelo
Ver la muerte á tu alredor,
Aunque ansioso la apetezcas,
La mirarás con temor.
¡Mira! en torno tuyo ahora
El encanto obrando está,
Y cadena silenciosa
Te sujeta firme ya:
Cayó sobre tu cabeza;
A tu corazon pasó
La sentencia..... desde ahora
Te marchitará el dolor.

ESCENA II.

El monte Jungfrau.—Es de dia.—MANFREDO solo sobre las rocas.

Los génios que he evocado me abandonan,
Y los encantos que estudié me engañan,
El remedio esperado me atormenta,
Ya no me apoyo en sobrehumana ayuda,
Que no tiene poder en lo pasado;
Y en cuanto á lo futuro, hasta que se haya
Abismado el pasado en las tinieblas
No he de buscarle. ¡Tierra, madre mia!
Y tú naciente dia, y vos montañas,
¿Por qué tan bellas sois? No puedo amaros.
Y tú, del universo ojo brillante,
Que te abres sobre todo y para todo
Eres una delicia: tú no alumbras
Mi corazon. Y vos, rocas altivas
A cuyo borde estoy, desde el cual miro
Allí abajo á la orilla del torrente
Los altos pinos que parecen solo
Matas al confundirse en la distancia:
Cuando un paso, un impulso, un movimiento,
Cuando un soplo quizás echar podria
Mi cuerpo al hondo abismo de peñascos,

Y allí por siempre estar, ¿por qué vacilo?
Siento el impulso; pero no me arrojo:
Miro el peligro; pero no me aparto:
Mi cerebro vacila; el pié está firme.
Hay sobre mí un poder que me detiene,
Y hace que mi destino vivir sea,
Si es vida llevar dentro de mí mismo
Esta esterilidad en el espíritu,
Ser de mi alma sepulcro, pues que ceso
Ya de justificar mis actos propios,
Ultima enfermedad del mal (*Pasa un águila.*)
¡Oh! alado
Veloz monarca y hendidor de nubes,
Cuyo próspero vuelo es el mas hondo
En el cielo: bien puedes ir tan cerca
Revolando de mí. Yo deberia
Ser tu presa y el pasto de tus hijos;
Te elevas donde no puede seguirte
La vista; mas la tuya á ver alcanza
Hácia abajo, adelante ó hácia arriba
Con penetrantes ojos. ¡Cuán hermoso!
¡Cuán bello es todo ese visible mundo!
¡Cuán grande es en si mismo y en sus actos!
Nosotros que sus dueños nos decimos,
Nosotros, mitad polvo, mitad dioses,
De bajar y subir siendo incapaces,

Con nuestra mista esencia y ser sufrimos
Un choque de elementos; respiramos
De la degradacion y orgullo el aire,
Con mil necesidades combatiendo
Bajas, y con deseos elevados,
Hasta que al cabo predomina nuestra
Mortalidad, y entonces son los hombres
Aquello que á sí mismos no se llaman
Ni se confian unos á otros.

(Óyese á lo lejos un caramillo.)

¡Qué oigo!
Es el son natural del caramillo
De los montes. Aquí no son los dias
Patriarcales pastoriles cuentos.
Suenan las flautas por el aire libre,
A los cencerros plácidos unidas
Del rebaño paciendo vagabundo. ([2])
Mi alma anhela absorber estos sonidos.
¡Oh, si yo fuera el invisible espíritu
De un hermoso sonido, voz viviente,
Ó bien una armonía respirante
Ó goce incorporal, nacido y muerto
Con el acorde tono que me hiciera!

(Llega de abajo un cazador de gamuzas.)

CAZADOR. Saltó por esta senda la gamuza
Y con su pié ligero me ha burlado;

Hoy mis ganancias no podrán apenas
Reparar mi trabajo peligroso.
¿Qué hay aquí? ¡Calle!.... es uno; no parece
De mi oficio; no obstante él ha llegado
A una altura á que nadie, ni aun los mismos
Montañeses, escepto los mejores
De nuestros cazadores, llegar pueden.
Su vestido es espléndido, su aspecto
Varonil, y su rostro altivo como
De un libre campesino á esta distancia.
Llegaré para verle mas de cerca.

MANFREDO. Estar así, y encanecer de angustia,
Semejante á esos pinos ateridos
Náufragos de un invierno, sin corteza, (3)
Sin ramas, tronco herido por el rayo
Sobre raiz maldita sostenido,
Tan decaido, que tan solo sirve
Para sentir su propio abatimiento.
Así estar, y así solo eternamente,
Habiendo sido de otro modo! Ahora
Por arrugas surcado estar, labradas
Por instantes no mas y no por años,
Ú horas, que en siglos el tormento trueca.....
¡Horas á las que aún yo sobrevivo!
¡Oh vos, peñas del cielo suspendidas!
¡Vos, témpanos que un soplo arrojar puede

En montones, venid, aniquiladme!
Os escucho estallar debajo, encima, (4)
Con un frecuente choque; y sin embargo
Pasais cayendo solo en los objetos
Que aún quisieran vivir, sobre el florido
Naciente bosque y sobre la cabaña
Y la aldea del rústico inocente.

AZADOR. Las nieblas á subir del valle empiezan;
Le advertiré que baje, pues se espone
A perder á la vez vida y camino.

IANFREDO. En torno de los frios ventisqueros
Hierven las nieblas, y las nubes se alzan
Veloces bajo mí blancas, sulfúreas,
Cual la espuma agitada del profundo
Mar del Infierno, cuyas olas rompen
Sobre viviente playa, que atestada
Está de condenados semejantes
A guijarros. El vértigo me turba. (5)

AZADOR. Debo acercarme cautelosamente,
Porque de cerca un repentino paso
Le pudiera asustar, y ya parece
Que vacila.

IANFREDO. Montañas han caido
Un boquete dejando entre las nubes,
Moviendo con el choque á sus alpinas
Hermanas, rellenando los verdosos

Floridos valles con los mil pedazos
De tanta destruccion, los anchos rios
Deteniendo de pronto con un golpe,
Que las aguas deshace en nieblas y hace
Otro álveo buscar á sus corrientes.
Tal hizo Rosemberg, tal, siendo viejo.
¿Por qué debajo de él no estuve?

CAZADOR. ¡Amigo!
¡Ten cuidado; fatal pudiera serte
Un paso mas! Por el amor siquiera
Del que te hizo, así no estés al borde!

MANFREDO. *(Sin oirle.)* Tal fuera mi sepulcro conveniente;
Mis huesos estarian reposando
Entonces en su abismo; no serian
Por las rocas perdidos el juguete
Del viento, tal como serán ahora
Con este salto. ¡Adios, abiertos cielos!
No me mireis con aire de amenaza;
Hechos no fuísteis para mí vosotros.
¡Oh tierra!..... aquestos átomos recibe!

(Al ir á precipitarse Manfredo, el cazador de gamuzas le sujeta y detiene asiéndole repentinamente.)

CAZADOR. ¡Pára, insensato! Aunque odies la existencia,
No con tu sangre criminal vertida
Nuestros valles purísimos empañes.
Conmigo ven. No soltaré mi presa.

MANFREDO. Mi corazon se encuentra muy enfermo.
¡Oh!.... suéltame; debilidad soy solo.
En derredor de mí veloces giran
Los altos montes. Ciego estoy. ¿Quién eres?

CAZADOR. Luego te lo diré. Vente conmigo.
Densas crecen las nubes allí.—Firme
Ahora agárrate á mí y aquí coloca
Tus piés..... aquí, y toma este cayado.
De este arbolillo cuélgate un instante;
Ahora dame tu mano..... con firmeza
Ase mi cinturon..... despacio..... bueno.
A la casilla dentro de una hora
Llegaremos; ven, pues, y encontraremos
Pronto terreno mas seguro, y algo
Parecido á sendero, que el torrente
Bañó por el invierno..... Ven conmigo.
Lo hiciste con valor. Tú deberias
De ser un cazador. Sígueme, sigue.

(Siguen bajando con dificultad por las rocas.)



ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

Una casilla en medio de los Alpes Berneses.—Manfredo.—El Cazador.

Cazador. No, no, quédate aún; salir no debes
Todavía; tu espíritu y tu cuerpo
Incapaces están de confiarse
El uno al otro por algunas horas.
Cuando mejor estés seré tu guia;
¿Péro dónde?....

Manfredo. No importa: yo conozco
Mi camino harto bien; no necesito
Que me guien.

Cazador. Tu porte cual tu traje
Anuncian que eres de elevada alcurnia,
Un jefe de los muchos cuyos fuertes
Castillos sobre valles hondos miro.
¿Cuál de estos es el que señor te llama?

Sus portadas conozco solamente;
Mi género de vida me conduce
Raras veces al llano, á calentarme
En los grandes hogares de los viejos
Salones, á beber con los vasallos;
Pero todas las sendas que conducen
Desde nuestras montañas á sus puertas
Desde niño las sé: ¿de estos el tuyo
Cuál es?

MANFREDO. ¿Qué importa?

CAZADOR. Bien, señor; perdona
La pregunta, y está de humor mas bueno.
Vamos, prueba mi vino, es de una antigua
Vendimia; ha deshelado muchos dias
Mis venas en los frios ventisqueros;
Que sea para tí lo mismo ahora.
Vamos, brinda conmigo alegremente.

MANFREDO. ¡Atrás, atrás! ¡hay en el borde sangre!
Nunca, jamás la sorberá la tierra?

CAZADOR. ¿Qué piensas? ¿se extravían tus sentidos?

MANFREDO. ¡Sangre digo, mi sangre! El raudal puro
Que caliente rodaba por las venas
De mi padre y las nuestras en el tiempo
De nuestra juventud, cuando tuvimos
Un corazon no mas, y nos amamos;
Mas como no debimos uno al otro.

Esto vertido fué; pero aún se alza
Colorando las nubes que me cierran
Para siempre la entrada de los cielos.....
Do tú no estás y no estaré yo nunca.

CAZADOR. Hombre de esas palabras singulares
Y algun pecado de esos que trastornan
Y medio vuelven loco, y el vacío
Así te hace que puebles, cualesquiera
Que fueren tu terror y sufrimiento,
Hay el consuelo aún: la ayuda de hombres
De santidad, la celestial paciencia.....

MANFREDO. ¡Paciencia, sí, paciencia! Atrás, que se hizo
Esta palabra solo para brutos
De carga, no para aves de rapiña.
Predícala á mortales de tu polvo;
De tu especie no soy.

CAZADOR. ¡Gracias al cielo!
No fuera de la tuya, por la fama
Libre del gran Guillermo Tell. Cualquiera
Que fuere tu dolor, sufrirse debe,
Y el selvaje arrebato será inútil.

MANFREDO. ¿Y no le sufro? Mírame.... Yo vivo.

CAZADOR. Eso no es una vida saludable,
Es un estado convulsivo.

MANFREDO. ¡Escucha,
Hombre! he vivido muchos, muchos años,

Años muy largos, pero no son nada
Para los que tendré: siglos y siglos,
Espacio, eternidad, y la conciencia,
Con sed atroz de muerte, inextinguible!

CAZADOR. ¡Cómo! tu frente el sello apenas tiene
De la virilidad; mucho mas viejo
Que tú soy yo.

MANFREDO. ¿Tú piensas que la vida
Pende solo del tiempo? Nuestros actos,
Esas son nuestras épocas; los mios
Solo han hecho mis dias y mis noches
Eternas, uniformes, infinitas
Todas, cual las arenas en la playa,
Innumerables átomos, desierto
Frio y estéril, en el cual las olas
Se rompen con furor; mas nada dejan
Salvo esqueletos, náufragos y rocas,
Y del salado mar yerbas amargas.

CAZADOR. ¡Ah! loco está; mas aún abandonarle
No debo.

MANFREDO. Si así fuese, cuanto veo
Solo de un insensato el sueño fuera.

CAZADOR. ¿Qué es lo que ves, ó lo que ver tú juzgas?

MANFREDO. A mí y á tí, labriego de los Alpes,
Tus virtudes humildes, tu morada
Que da hospitalidad, tu alma paciente,

Piadosa, altiva y libre; tu respeto
A tí mismo, nacido de inocentes
Pensamientos; tus dias saludables
Y tus noches de sueño; tus trabajos
Sin maldad, que ennoblecen los peligros;
Las esperanzas de vejez alegre
Y sosegada tumba, con guirnaldas,
Con una cruz sobre la verde yerba,
Y el amor de tus nietos de epitafio.
Esto miro, y entonces en mí veo.....
No importa que..... ¡Ya estaba el alma mia
Consumida!

CAZADOR. ¿Y cambiaras tu existencia
Por la mia?

MANFREDO. ¡No, amigo! ni dañarte
Quisiera, ni cambiar la suerte mia
Con ningun ser viviente: sufrir puedo
(Aunque mal, padecer es sin embargo)
En vida lo que no pudieran otros
Ni soñando sufrir, pues moririan
En su sueño.

CAZADOR. ¿Y con tales sentimientos
Por ajeno dolor, puedes manchado
Con el crímen estar? No, no lo digas.
¿Puede uno de apacibles pensamientos
Sobre sus enemigos la venganza

Tomar?

MANFREDO. ¡Oh! no, no, no! que mis injurias
Cayeron sobre aquellos que me amaron
Y mas amé. Jamás un enemigo
Derribé, salvo solo en mi defensa;
Hasta mi abrazo era fatal.

CAZADOR. ¡El cielo
Te dé reposo! y vuélvate á tí mismo
La penitencia. Mis plegarias todas
Serán por tí.

MANFREDO. No necesito de ellas;
Mas tu piedad sufrirla puedo. Parto,
Es tiempo. ¡Adios!.... Toma este oro, y gracias.
Ni una sola palabra; te es debido.
No me sigas; conozco mi sendero,
Y el peligro pasó de la montaña.
¡De nuevo te lo encargo; no me sigas!

(Sale Manfredo.)

ESCENA II. (1)

Un valle profundo en los Alpes.—Una catarata.—Llega MANFREDO.

No es medio dia: los oblícuos rayos
Del refulgente sol, con los matices

Varios del cielo pintan el torrente, (2)
Y rueda la estendida y ondulante
Columna plateada al hondo abismo,
Lanza sus masas de luciente espuma
Aquí y allí á lo largo, parecidas
A la cola del pálido caballo,
Del gigante corcel, en que la muerte
Montada irá, cual el Apocalipsis
Nos anuncia. Ninguna otra mirada
Que la mia ahora absorbe aqueste aspecto
De hermosura, y en esta deliciosa
Soledad, con el genio de este sitio
El homenaje de estas aguas puedo
Yo solo dividir. Voy á llamarle.

(*Manfredo toma un poco de agua en la palma de la mano y la arroja al aire pronunciando una* evocacion. *Al cabo de un rato la Hada de los Alpes aparece bajo el arco iris del torrente.*)

¡Bello espíritu! ven con tu cabello
De luz, y con tus ojos deslumbrantes
De gloria, y los encantos de las hijas
Menos mortales de la tierra leve
Nacidas, de estatura no terrena
Y esencia de mas puros elementos.
De juventud los mágicos colores,
El rojo de la cándida mejilla
De un infante durmiendo, remecido

Por el latir del pecho de su madre,
O los tintes rosados que despide,
Crepúsculo estival, sobre la nieve
Del ventisquero virginal (sonrojo
De la tierra abrazada con su cielo),
Tiñen tu aspecto celestial y apagan
Las bellezas del Iris que se inclina
Sobre tí. ¡Bello espíritu! en tu frente
Tranquila y clara que la paz anuncia
Del alma que inmortal en sí se muestra,
Leo que tú perdonarás á un hijo
De la tierra, y al cual los misteriosos
Poderes le permiten varias veces
Comunicar con ellos, si aprovecha
De sus encantos para así llamarte
Y mirarte un momento.

Hada. ¡Hijo de tierra!
Te conozco, y tambien á los poderes
Qu tu poder te dan; yo te conozco
Como un hombre de muchos pensamientos
Y actos de bien y mal, extremo en ambos,
Fatal y destinado en tus dolores.
Te esperaba. ¿De mí qué es lo que quieres?

Manfredo. Contemplar tu belleza, esto tan solo.
De la tierra el aspecto me ha causado
La locura; me acojo á sus misterios,

Penetro en las moradas de los séres
Que la gobiernan; pero en nada ayuda
Pueden darme. Ya entre ellos he buscado
Lo que lograr no pueden, y así ahora
Ya no investigo mas.

HADA. ¿Cuál la demanda
Puede ser, que no esté ni en la potencia
De los mas poderosos gobernantes
De lo invisible?

MANFREDO. Es una gracia; pero,
¿Para qué repetirla, si es en vano?

HADA. No la conozco; anúnciela tu boca.

MANFREDO. Bien: aunque me atormente, me es lo mismo;
Voces encontrará mi cruel tormento.
Desde mi juventud no andaba nunca
El espíritu mio con el alma
De los hombres; tampoco con humanos
Ojos veia yo sobre la tierra.
La sed de su ambicion no era la mia,
El fin de su existencia no era el mio;
Mis goces, mis dolores, mis pasiones
Y poderes, me hacian un extraño.
Aun llevando su forma, simpatía
Nunca sentí por la viviente carne,
Y entre todos aquellos varios séres
De arcilla que do quier me rodeaban,

Hubo una nada mas que..... pero luego
De ella hablaré. Con hombres, ya te he dicho,
Y con los pensamientos de los hombres
Tuve ligera union; pues al contrario,
Mi placer le encontraba en lo desierto,
Respirando difícil el ambiente
De las heladas cumbres de los montes
Donde no osan las aves anidarse,
Ni revuelven las alas del insecto
Sobre el yermo granito: en sumergirme
En el veloz torrente, en ir rodeando
Ligero, con el raudo torbellino
De las olas del rio al estrellarse,
Ó tambien del Océano en su flujo.
En tales cosas mis tempranas fuerzas
Se gozaban; tambien en ir siguiendo
Por las noches el curso de la luna,
El lento remontar de las estrellas;
En mirar los relámpagos brillantes
Hasta que eran mis ojos deslumbrados,
Ó mirar, escuchando, desprenderse
Las hojas, cuando el canto de la tarde
Entonaban los vientos del otoño.
Mis entretenimientos estos eran,
Y solitario estar; pues si los séres
De los que era yo uno (aborreciendo

Ser así) en mi camino se cruzaban,
En volver hácia ellos, degradado
Sentíame, de nuevo todo arcilla.
En mis rondas y solo entraba entonces
En las bóvedas tristes de la muerte,
Las causas á buscar por los efectos,
Y con aquellos huesos consumidos,
De los cráneos y el polvo amontonado
Sacar las mas vedadas consecuencias.
Muchos años pasábame las noches
Estudiando las ciencias ignoradas,
Salvo en la antigua edad, y con trabajo,
Tiempo, pruebas terribles y dolores,
Y teniendo dominio sobre el aire,
Y los genios que rigen aire y tierra,
El poblado infinito y el vacío,
Mis ojos familiares con lo eterno
Hice, cual antes aun que yo los Magos,
Y aquel que de las fuentes donde moran,
A Eros y Anteros evocó en Gadara (3),
Como yo á tí. La ciencia fué aumentando
Mi sed de ciencia y el poder y el goce
De esta tan vigorosa inteligencia,
Hasta....

HADA. Prosigue.

MANFREDO. ¡Oh! solo mis palabras

Prolongo, y estos vanos atributos
Ensalzo, porque llego á lo mas hondo
Del dolor de mi pecho. Mas sigamos.
No te he nombrado padre, madre, amada,
Amigo, ó ser alguno á quien me uniera
La cadena de vínculos humanos;
Y si los tuve, no me parecian
Tales. Habia sin embargo una.....

HADA. No te detengas, sigue.

MANFREDO. De facciones
Ella era igual en todo á mí; sus ojos,
Su cabello, sus formas y hasta el mismo
Sonido de su voz eran iguales
A los mios, mas todo suavizado,
Y atemperado en su hermosura todo.
Mis ideas errantes, solitarias
Tuvo, y ánsia de ciencia misteriosa,
Y espíritu capaz de el universo
Comprender; ni esto solo era, pues tuvo
Mas suaves prendas, lágrimas, sonrisas,
Junto á la compasion que yo no tengo,
Y la ternura; aunque esta yo por ella
La sentí; la humildad, que nunca tuve.
Sus faltas mias, suyas sus virtudes
Fueron. ¡La amé y dí muerte!

HADA. ¿Con tu mano?

MANFREDO. No; fué mi corazon que hizo pedazos
Su corazon..... Me vió, secóse. Sangre
Vertí, mas no la suya; y sangre suya
No obstante se vertió; la ví y no pude
Detenerla en su curso.

HADA. ¡Y tú, por este
Ser de la misma raza que desprecias,
Sobre la cual pretendes elevarte,
Con nosotros mezclándote y lo nuestro,
De nuestra grande ciencia los presentes
Olvidas, deteniéndote en mezquina
Mortalidad..... ¡Atrás!

MANFREDO. ¡Hija del aire!
Desde el mismo momento aquel, te digo.....
Mas aire son tan solo las palabras.
Contémplame dormido, mi desvelo
Observa, ven y siéntate conmigo!
Mi soledad no es soledad; poblada
Por las Furias está; yo he rechinado
Mis dientes, de la noche entre las sombras
Hasta el volver de la mañana, entonces
Hasta el anochecer me he maldecido;
Como un bien he pedido la locura;
Me es negada. La muerte la he buscado;
Mas de los elementos en la guerra,
De mi lado las aguas se retiran

É inofensivos los peligros pasan.
La mano helada de un demonio impío
Me detiene por un cabello solo
Sostenido, que no puede romperse.
En mi imaginacion y fantasía,
Tesoro de mi alma, que otro tiempo
Fué un Creso en creacion, me he sumergido;
Mas cual ola menguante me rechaza
Al abismo sin fin del pensamiento.
Entre la humanidad me precipito,
Por todas partes el olvido busco,
Salvo donde se encuentra, lo que tengo
Aun que aprender. Mi ciencia, el arte mio
Tan sobrenatural é investigado,
Todo es mortal aquí. Yo sigo en toda
Mi desesperacion, y vivo, y vivo
Por siempre.

HADA. Yo ayudarte acaso pueda.

MANFREDO. Para hacer esto, tu poder los muertos
Debe evocar ó entre ellos enviarme.
Sea, pues, en cualquiera forma ú hora,
Ó con cualquier dolor si es el postrero.

HADA. No está en mis atributos; mas si quieres
Obediencia jurar á mi mandato,
Mis órdenes cumplir, puedo ayudarte
En tus deseos.

MANFREDO. No lo juro. ¡Cómo!....
¡Yo obedecer! ¿y á quién? á los espíritus
Cuya presencia ordeno y son esclavos
De aquellos que me sirven..... ¡Nunca!

HADA. ¿Es esto
Todo? ¿no tienes, pues, mejor respuesta?
Espera todavía, reflexiona
Antes de rechazar.....

MANFREDO. He dicho.

HADA. ¡Basta!
¿Me puedo retirar?.... ¡responde!

MANFREDO. ¡Vete!

(La Hada desaparece.)

MANFREDO. *(Solo.)* Juguetes somos del terror y el tiempo:
Callados se nos vienen ya los dias,
Ya callados nos huyen: y vivimos
La vida odiando y el morir temiendo.
Los dias todos de este odioso yugo,
De esta carga vital del agitado
Corazon, destrozado por las penas,
Ó rápido latiendo con dolores,
Ó con placer que acaba en agonía
Ó languidez: entre los dias todos
Del pasado y futuro (que en la vida
No hay presente) contar solo podemos
Unos pocos, ó menos que unos pocos,

En que deje de ansiar la muerte el alma;
Y sin embargo el alma retrocede
Como se retrocede en el invierno
De un arroyo, aunque el frio es de un instante.
Un recurso me queda aun en mi ciencia;
Puedo evocar los muertos, preguntarles
Qué cosa es la que ser tanto tememos;
La respuesta peor que darme pueden
Solo es la tumba. ¿Y qué es la tumba? nada.
Si no responden..... mas el sepultado
Profeta dió respuesta á la hechicera
De Endor (4), y el soberano aquel de Esparta,
Del espíritu siempre vigilante
De la doncella Bizantina, obtuvo
Respuesta y su destino: á la que amaba
Mató, pero ignorando á quien dió muerte,
Y murió sin perdon; aunque en su ayuda
Llamó á Jove Figiano, y en Figalia
Invocó á los arcadios exorcistas,
Para obligar á la irritada sombra
A deponer su cólera iracunda
Ó un término fijar á su venganza,
Ella dió con palabras su respuesta
De dudoso sentido; mas cumplidas (5).
¡Oh! si jamás hubiese yo vivido,
La que amo aún viviria: si no hubiese

Nunca amado á la que amo, fuera hermosa
Y feliz, dando dichas mil. ¿Qué es ella?
¿Qué es ella ahora? Víctima tan solo
De mis pecados, un objeto triste
En el cual no oso ni pensar..... ó nada
Dentro de algunas horas, ya no en vano
Llamaré; mas en este instante temo
Lo que voy á arrostrar: hasta esta hora,
Nunca he retrocedido cuando he visto
Bueno ó malo un espíritu; ahora tiemblo
Y siento un frio extraño que deshace
Mi corazon; mas puedo sin embargo
Hacer lo que mas ódio, y los temores
Humanos combatir. La noche llega. *(Sale.)*

ESCENA III.

La cumbre del monte Jungfrau.—Entra el PRIMER DESTINO.

Aparece la luna ancha, redonda,
Brillante: aquí sobre esta nieve helada
Do nunca humana planta de ordinario
Mortal pisó, nosotros sin ninguna
Huella dejar, andamos por la noche.
Por el selvaje mar, el trasparente

Y ancho Oceano de este monte helado,
Cruzamos estos ásperos escollos,
Que el aspecto presentan de la espuma
De tempestad, cayendo congelada,
Imágen de una tromba detenida.
Esta cumbre fantástica y agreste
Y que algun terremoto cincelara,
Donde las nubes al pasar reposan,
Solo está á nuestras fiestas y vigilias
Consagrada. Aquí espero á mis hermanos
Para emprender la marcha á la morada
De Ariman; esta noche es nuestra grande
Festividad; extraño que no vengan.

(Una voz cantando fuera.)

El cautivo usurpador
De su trono derribado,
Solo estaba y olvidado
Sumido en el estupor.
Yo rompí su sueño insano,
Su cadena destrocé,
A la turba le ligué,
Y otra vez es un tirano.
Con la sangre vertida de un millon
Á mis cuidados él responderá,
Con la ruina de un pueblo que caerá
Y con su fuga y desesperacion.

Segunda voz (dentro.)

Veloz, veloz la nave iba bogando;
No la dejé ni mástiles ni velas,
No le dejó mi furibunda saña
Ni una tabla del casco ó la cubierta,
Ó para que lamente su naufragio,
Ni un infeliz quedó, ni uno siquiera,
Salvo uno, que sostuve del cabello,
Nadando por las olas turbulentas;
Era digno de todo mi cuidado,
Pirata sobre el mar, traidor en tierra,
Y le salvé para que cruel, conmigo
Estragos y venganzas ejerciera.

1.er Destino *respondiendo.*

La ciudad toda
Dormida está;
Llorando, el alba
La encontrará:
Lento el mal cunde
Siniestro y cruel,
Y se difunde
Ya por doquier:
Muchos millares
Cayendo están,

Cientos de miles
Perecerán;
Y los vivientes
Habrán de huir,
A sus pacientes
Sin asistir.
Nada el contacto
Puede vencer
De los que llegan
A perecer.
Angustia y duelo,
Mal y terror,
Entera envuelven
Una nacion.
Los venturosos
Los muertos son,
No viendo el cuadro
Lleno de horror
Que da su propia
Desolacion.

Esta obra en una noche consumada,
De un reino este naufragio, esta accion mia,
Yo en diversas edades repetia,
Y otra vez ha de verse renovada.

(Entran el 2.° y el 3.er Destino.)

Los tres Destinos.

El corazon de los hombres
En nuestras manos está,
Y sus sepulcros helados
Nos sirven de pedestal.
¡Nosotros tan solo damos
Para volverle á quitar,
De los que son nuestros siervos
El espíritu vital!

1.er Destino. ¡Bien venidos seais! ¿Do está Nemésis?

2.º Destino. En alguna gran obra, aunque la ignoro,
Pues estaban mis manos ocupadas.

3.er Destino. Mirad, ya viene. *(Entra Nemésis.)*

1.er Destino. Dí, ¿dónde has estado?
Tú y mis hermanos hoy estais muy lentos.

Nemésis. Estaba detenida en este instante,
Sólios deshechos reparando, locos
Casando, restaurando dinastías,
A hombres vengando de sus enemigos
Para despues de su venganza hacerles
Arrepentirse; estimulando al sabio
A la locura; al necio le inspiraba
Para regir al mundo nuevamente
Oráculos, pues eran ya anticuados.

Ya piensan por sí mismos los mortales;
En la balanza pesan reyes, y hablan
De libertad, la fruta prohibida.
¡Adelante!.... la hora hemos pasado.
Subamos, pues, al punto en nuestras nubes.

(Vánse.)

ESCENA IV.

El salon de Ariman.—Ariman en su trono, que es un globo de fuego, rodeado por los Espíritus.

Himno de los Espíritus.

¡Salud á nuestro dueño! Señor de Tierra y Vientos
Que va por nubes y aguas, en cuya mano está
El cetro con que todos los vastos elementos
Se rasgan en el caos su acento al escuchar!
Respira; por tormenta la mar es agitada:
Habla; se oyen las nubes con truenos contestar:
Mira; del sol la lumbre se esconde á su mirada:
Anda; y el terremoto al mundo hace estallar.
Volcanes á sus plantas se elevan fulminantes;
Su sombra es la Epidemia; de su camino en pos,
Cometas van cruzando los cielos vacilantes,
Los astros en cenizas caen ante su furor.
La Guerra sacrificios le da todos los dias,

La Muerte su tributo, la Vida solo es de él,
Con todos sus continuos dolores y agonías.....
¡Él solo es el Espíritu de cuanto existe y es!

(Entran los Destinos y Nemésis.)

1.er DESTINO. ¡Gloria á Ariman! Sobre la tierra crece
Su poder, mis hermanos han cumplido
Su órden, yo mi deber no he descuidado

2.° DESTINO. ¡Gloria á Ariman! Nosotros que del hombre
Abatimos la frente, humildemente
Nos postramos delante de su trono.

3.er DESTINO. ¡Gloria á Ariman! Sus señas esperamos.

NEMÉSIS. ¡Monarca de monarcas! somos tuyos,
Y todo cuanto vive más ó menos
Es nuestro, y lo demás todo lo mismo;
Mas porque se acreciente sin embargo
Nuestro poder, acrecentando el tuyo,
Nuestros cuidados pides, y nosotros
Estamos vigilantes. Se cumplieron
Tus últimos mandatos plenamente.

(Entra Manfredo.)

UN ESPÍRITU. ¿Quién es? ¡Es un mortal! ¡Tú, el mas osado
Y fatal miserable, al punto mismo
Póstrate! ¡Adora!

2.° ESPÍRITU. A ese mortal conozco;
Mago es de gran poder y gran destreza.

3.er ESPÍRITU. ¡Póstrate, adora, esclavo! ¿No conoces

A tu Señor y á ti? ¡Tiembla, obedece!

TODOS LOS ESP. Póstrate tú y tu arcilla condenada,
Hijo de Tierra!.... ó teme el infortunio.

MANFREDO. Le conozco; mas ved, no me arrodillo.

4.° ESPÍRITU. Lo aprenderás.

MANFREDO. Sabido ya lo tengo.
Mil noches en la tierra, en el desnudo
Campo, encorvé mi frente, y con ceniza
Mi cabeza cubrí; yo he conocido
La plena humillacion, postrado ante
Mi desesperacion y ante mi propia
Desolacion.

5.° ESPÍRITU. ¿Y cómo tú te atreves
A negar á Ariman sobre su trono
Lo que toda la tierra le tributa
Sin mirar el espanto de su gloria?
¡Póstrate, digo!

MANFREDO. Mándale humillarse
Ante el que está sobre él, ante el supremo
Infinito Hacedor que no le hiciera
Para adorado ser; que se arrodille,
Nos arrodillaremos juntamente.

LOS ESPÍRITUS. ¡Anonademos á este vil gusano!
¡Destrocémosle!

1.er DESTINO. ¡Fuera! ¡Atrás!.... es mio.
¡Oh rey de los Poderes invisible!

Este mortal no es de comun esfera,
Cual su porte y presencia aquí denotan.
Los sufrimientos suyos fueron siempre
De una especie inmortal como los nuestros.
Su saber, su deseo y su potencia
En cuanto es compatible con el polvo
De que la etérea esencia está oprimida,
Han sido tales como raras veces
Del polvo nacen: sus aspiraciones
Han ido mas allá de lo profundo
De la tierra, y él solo ha conocido
Esto que conocemos ya nosotros:
Que el saber no es la dicha, y que es la ciencia
Un cambio de ignorancia, por aquello
Que solo es otra especie de ignorancia.
Pero no es esto todo; las pasiones,
Atributos del cielo y de la tierra,
De que ningun poder ni ser ninguno,
Hasta el gusano vil, respira exento,
Su corazon han lacerado, y le hacen
Objeto tal, que yo que no me apiado,
Perdono sin embargo á quien se apiada.
Es mio, quizás tuyo, y como sea,
No hay en esta region ningun espíritu
Con un alma á la suya semejante,
Ni con dominio sobre el alma suya.

NEMÉSIS. ¿Qué hace entonces aquí?

1.er DESTINO. Que él te responda.

MANFREDO. Sabeis vosotros lo que yo he sabido:
Sin poder no estuviera entre vosotros;
Pero existen poderes más profundos,
Aún superiores. Vengo á preguntarles
Para obtener respuesta á lo que busco.

NEMÉSIS. ¿Qué quieres?

MANFREDO. Tú no puedes responderme.
Llama á los muertos; voy á preguntarles.

NEMÉSIS. Gran Ariman, ¿querrás tú de este humano
Aprobar los deseos?

ARIMAN. Sí.

NEMÉSIS. ¿Quién quieres
Que ya incarnal de su sepulcro evoque?

MANFREDO. A una sin sepultura; á Astarté llama.

NEMÉSIS.

¡Espíritu ó fantasma!
Cualquiera que tú seas,
Que todo ó parte alguna
Conserves aún de aquella
Hechura primitiva
Que tu nacer te diera,
Del molde de tu barro,

Que se volvió á la tierra:
¡Reaparece al dia!
Sufre lo que sufrieras;
Tu corazon, tu forma
Y aspecto recupera;
De los gusanos viles
Rescátate ligera.
¡Aparece! ¡Aparece! ¡Llega! ¡Llega!
¡Quien te echó allí, venir aquí te ruega!

(Aparece la sombra de Astarté, y permanece en medio.)

MANFR. ¿Eso es la muerte? El colorido brilla
En su mejilla; pero no, ya veo
Que no es vivo color, sino enfermizo,
Cual el rojo marchito que el otoño
Pinta sobre las hojas moribundas.
¡Ella!.... ¡la misma! ¡Oh Dios! ¿por qué así tiemblo
La misma al contemplar? ¡Astarté!.... Nada;
No puedo hablarle, no; mándale que hable;
Que me dé su perdon ó me condene.

NEMÉSIS.

Por el poder que ha quebrado
La tumba que te oprimió,
Habla al punto á quien te ha hablado,
Ó si no á quien te llamó.

MANFREDO. Guarda silencio, y más que respondido

Con su silencio estoy.

NEMÉSIS. A más no alcanza
Mi poder. ¡Rey del aire! el tuyo queda.
Mándale hablar.

ARIMAN. ¡Espíritu, este cetro
Obedece!

NEMÉSIS. ¡Callada todavía!
No es de la esfera nuestra; pertenece
A otros poderes. Tu pregunta es vana,
Mortal! Tambien quedamos confundidos.

MANFREDO. ¡Oye, óyeme Astarté! ¡Tú, amada mia,
Háblame; padecí, padezco tanto!....
¡Mírame, mírame! La tumba helada
Más que yo para tí no te ha cambiado.
Cual te amé, tú me amaste, con exceso:
Para así atormentarnos uno al otro
No fuimos hechos, aunque fué el delito
Más mortal el amar tal como amamos.
Dí que no me aborreces, que yo sufro
Por ambos el castigo, que por siempre
Tú serás una bienaventurada,
Y que yo moriré; pues hasta ahora
Todo cuanto hay odioso tiende solo
A atarme á la existencia, y á una vida
Que me hace estremecer ante el aspecto
De la inmortalidad, y de un futuro

Semejante al pasado. No reposo.
Lo que pido no sé, ni lo que busco:
Solo siento lo que eres y yo mismo
Soy: antes de morir, la voz quisiera
Oir que fué mi música otro tiempo.
¡Háblame! Te he llamado de la noche
En el silencio; desperté á las aves
En las ramas inmóviles dormidas;
Los lobos desperté de las montañas,
Y enseñé á conocer á las cavernas
Tu nombre vanamente repetido.
Todos me respondieron, respondian
Cosas mil, los espíritus, los hombres;
Y tú solo quedabas silenciosa.
¡Háblame, pues! Más tiempo yo he velado
Que las estrellas, y mirado al cielo
Buscándote en el cielo vanamente.
¡Háblame! Errando fuí sobre la tierra,
Y parecido á tí nunca ví nada.
¡Háblame! En derredor estos demonios
Contempla: ellos de mí se compadecen;
No lós temo, y por tí tan solo siento.
¡Habla!.... aunque sea con furor; mas habla.
No importa qué; mas que una vez te escuche.
¡Esto otra vez, otra vez mas!

LA SOMBRA DE ASTARTÉ. ¡Manfredo!

:

MANFREDO. ¡Habla!.... ¡habla! Que está toda mi vida
En ese acento..... ¡Esa es tu voz!

SOMBRA. ¡Manfredo!
Mañana tus desgracias terrenales
Acabarán. ¡Adios!

MANFREDO. Una palabra,
Una palabra mas: ¿soy perdonado?

SOMBRA. ¡Adios!

MANFREDO. Di, ¿nos veremos nuevamente?

SOMBRA. ¡Adios!

MANFREDO. ¡Oh! ¡por piedad una palabra!
Di que me amas.

SOMBRA. ¡Manfredo!

(La Sombra desaparece.)

NEMÉSIS. Ya ha partido;
Llamarla no es posible, mas cumplidas
Sus palabras serán. Vuelve á la tierra.

UN ESPÍRITU. Está convulso. Aquesto es ser humano
É inquirir lo que el límite traspasa
De la mortalidad.

OTRO ESPÍRITU. Vedle no obstante
Dominarse á sí propio, y su tormento
Hacer que dé tributo, sometido
A su gran voluntad. Si él de nosotros
Sido hubiera un espíritu, seria
Terrible.

NEMÉSIS. ¿Otra pregunta acaso tienes
Que hacer á nuestro grande soberano,
Ó á sus adoradores mil?

MANFREDO. Ninguna.

NEMÉSIS. Pues entonces, adios por algun tiempo.

MANFREDO. ¿Nos hemos de encontrar? ¿Dónde? ¿En la tierra?
Como quieras. Por esta gracia tuya,
Tu deudor ahora parto. ¡Yo os saludo!

(Sale Manfredo.)



ACTO TERCERO.

ESCENA I.

Un salon en el castillo de Manfredo.—MANFREDO.—HERMAN.

MANFREDO. ¿Qué hora es?

HERMAN. Una hora falta solo
Para ponerse el sol, y nos promete
Hermosa tarde.

MANFREDO. Dí, ¿todo dispuesto,
Cual he mandado, está en la torre?

HERMAN. Todo
Ya está, señor; aquí traigo la llave
Y el cofrecillo.

MANFREDO. Bien, marcharte puedes.

(Váse Herman.)

MANFREDO. *(Solo.)* Una calma en mí mismo y un sosiego
Inexplicable siento, que hasta ahora
Ha sido siempre ajeno de la vida
Que conozco. Si acaso no supiese

Que es la filosofía, de entre todas
Las vanidades nuestras la más fútil,
La palabra más vana, con que siempre
Nuestro oido engañó la gerigonza
Del escolar, creyera ya el secreto
De oro, y el anhelado *bien* (*), al cabo
Descubiertos, y puestos en mi alma.
No durará; mas bueno es el haberle
Probado, aunque una vez; mis pensamientos
Con un nuevo sentido ha dilatado.
Anotaré en mi libro de memorias,
Que existe semejante sentimiento.
¿Quién está ahí?

HERMAN. *(Entrando.)* Señor, de San Mauricio
El Abad solicita saludaros.

(Entra el Abad.)

ABAD. ¡Contigo esté la paz, conde Manfredo!

MANFREDO. Gracias, buen padre; bienvenido entre estas
Paredes, pues las honra y las bendice
Tu presencia, y tambien á los que habitan
Dentro de ellas.

ABAD. ¡Oh, Conde, si así fuera!
Mas yo quisiera hablar solo contigo.

MANFREDO. Herman, retírate. ¿Qué es lo que quiere

(*) Byron pone la palabra griega «Kalon,» que en el sentido recto es *lo bello*, y en el figurado *lo bueno*.

Mi huesped venerable?

ABAD. Sin preludio
Lo diré pues. Mi edad, celo y oficio,
Mi buen intento, deben excusarme;
Y nuestra inmediacion (aunque nosotros
De vecindad jamás nos conocimos),
Me debe disculpar tambien. Rumores
Extraños, y á la par de irreligiosa
Naturaleza, corren, á los cuales
Tu nombre va mezclado, nombre ilustre
Por muchos siglos; pueda el que hoy le tiene,
Sin mancha trasmitirle.

MANFREDO. Sigue, escucho.

ABAD. Dícese que union tienes con las cosas
Cuya pesquisa al hombre está vedada;
Que con los habitantes de las negras
Regiones, con los muchos condenados
Y malditos espíritus, que vagan
De la sombra de muerte por el valle
Comunicas. Yo sé que con el mundo,
Y con los de tu especie, raras veces
Unes tus pensamientos, que seria
Tu soledad la de un anacoreta,
Únicamente con que fuese santa.

MANFREDO. ¿Quiénes son los que afirman tales cosas?

ABAD. Mis piadosos hermanos, los labriegos

De espanto llenos, y tambien tus mismos
Vasallos, que con ojos recelosos
Te miran. En peligro está tu vida.

MANFREDO. Tomadla.

ABAD. Yo aquí vengo solamente
Para salvar, no á destruir; en tu alma
Secreta entrar no puedo; mas si ciertas
Son tales cosas, tiempo es todavía
De penitencia y compasion; por tanto,
Concíliate primero con la santa
Iglesia, y por la Iglesia con el cielo.

MANFREDO. Te oí, y esto respondo: lo que ahora
Soy, ó haya sido, entre los cielos debe
Y yo quedar. No elegiré un humano
Como mi intercesor; si contra vuestras
Ordenes yo pequé, prueba y castiga.

ABAD. Hijo mio, yo no hablo de castigo,
Mas de perdon y penitencia; tuya
Es la eleccion de estas dos cosas; nuestras
Instituciones, nuestra fé ferviente,
Me dieron el poder, para el camino
Del pecado allanar hácia esperanzas
Más altas y mejores pensamientos:
El primero á los cielos le abandono.
«Es mia solo la venganza,» dijo
Así el Señor, y humilde el siervo suyo

Repite esta palabra formidable.

MANFREDO. ¡Anciano! ni el poder de santos hombres,
Ni eficaz oracion, ni forma alguna
De purificadora penitencia,
Ni veladas, ni ayunos, ni agonías,
Ni aun el mucho mayor que todos estos,
Tormento innato, que produce solo
La desesperacion grande y profunda
Que da un remordimiento, aunque no exista
De los infiernos el temor, y basta
Para un infierno hacer del cielo, pueden
Exorcisar del infinito espíritu
El hondo sentimiento de sus propios
Delitos, de sus faltas y dolores,
De sí mismo vengarle, ni ninguna
Pena futura impone la justicia,
Que el que á sí propio se condena, impone
Al alma suya.

ABAD. Bueno es todo esto,
Pues esto ha de pasar, y reemplazado
Será, por esperanza favorable,
Que mirará con dulce confianza
Al bendito lugar, que alcanzar puede
Todo aquel que le busque, cualesquiera
Que fueren sus errores terrenales,
Si fueron expiados. El principio

Es de esta expiacion, únicamente
De su necesidad el sentimiento.
Habla; lo que la Iglesia nuestra pueda
Enseñar, te será luego enseñado,
Y todo aquello que absolver podemos,
Te será perdonado en el instante.

MANFREDO. Cuando el emperador sexto de Roma
Ya próximo á su fin estaba, solo
Víctima de una herida que á sí mismo
Se causó, por librarse del tormento
De una pública muerte, que le habian
Impuesto senadores, sus esclavos
Antes, cierto soldado, con un resto
De leal compasion, la sangre quiso
Parar de su garganta, con su manto
Servicial; el Romano moribundo
Le apartó, con imperio en su mirada
Espirante, diciendo: «ya es muy tarde,
¿Esto es fidelidad?»

ABAD. ¿Y qué pretendes
Tú, con esto decir?

MANFREDO. Con el Romano
Respondo: «ya es muy tarde.»

ABAD. No lo es nunca
Para avenirte con tu alma, y luego
El alma con el cielo. ¡Qué!.... ¿no esperas?

Es extraño; hasta aquellos que de arriba
Desesperan, se forjan en el mundo
Algunas ilusiones, cañas leves
Que asen como los hombres que se ahogan.

MANFREDO. ¡Ay padre! esas terrenas ilusiones
Tuve en mi juventud, y el noble anhelo
De hacer que fuese mia de los otros
Hombres la voluntad, de las naciones
Mia la ilustracion, y de elevarme
No sé hasta dónde, para luego acaso
Caer; pero caer del mismo modo
Que cae la catarata de los montes,
Que aun despues de saltar de las alturas
Brillantes, á la espuma turbulenta
De los abismos (que doquier vomitan
Columnas nebulosas, que se vuelven
Nubes que llueven ascendiendo al cielo),
Hundida yace, sí, mas poderosa.
Pero esto ya pasó, mis pensamientos
Eran errores solo.

ABAD. ¿Por qué?

MANFREDO. Nunca
A mi naturaleza humillar pude.
El que de gobernar tenga el anhelo,
Debe servir, rogar, adular, siempre
Vigilar y observar por todas partes:

Ser viviente mentira, quien pretenda
Ser poderoso entre los bajos séres
De que las masas son; yo desdeñaba
Tenerme que mezclar con un rebaño,
Aun de lobos y siendo yo su jefe.
Solo el leon está, y así me encuentro.

ABAD. ¿Por qué no hacer como los otros hombres,
Y por qué no vivir cual ellos viven?

MANFREDO. Porque era adversa mi naturaleza
Al mundo; mas no cruel, pues solo ansiaba
No hacer, sino encontrar un despoblado,
Cual el viento, y ardiente el resoplido
Del Simon solitario, que el desierto
Solo habita, y que sopla sobre arenas
Estériles, que arbustos no producen
Que destroce, revuela por sus ondas
Áridas y selvajes, y no busca
Si no le buscan; mas su encuentro solo
Es mortal: así fué de mi existencia
El curso; en mi camino encontré cosas
Que ya no están.

ABAD. ¡Ay! á temer empiezo,
Que para tí ha pasado toda ayuda
Ó mia, ó de mi oficio; sin embargo,
Tan jóven todavía, yo quisiera.....

MANFREDO. ¡Contémplame! una especie de mortales

Hay en la tierra, que se vuelven viejos
Aun en la juventud, y de la vida
A la mitad perecen sin la muerte
Violenta del soldado. Unos sucumben
Por el placer, por el estudio algunos,
Otros por el trabajo consumidos,
Otros de mero hastío, otros enfermos,
Otros dementes, y agostados otros
Por el dolor, enfermedad que mata
Muchos más que en el libro del Destino
Se cuentan, todas formas revistiendo,
Ó tomando mil nombres diferentes.
¡Mírame! pues de todas estas cosas
Participé, de todas estas cosas
Una fuera bastante; por lo tanto,
Que lo que soy yo sea no te asombre,
Sino que viva aún, ó bien que habiendo
Vivido, esté en la tierra.

ABAD. Sin embargo,
Óyeme.

MANFREDO. ¡Anciano! yo respeto tu órden,
Y tus años venero; me parece
Piadosa tu intencion; pero es en vano.
Descortés no me juzgues; mas quisiera
Evitar más por tí que por mí mismo
Todo ulterior coloquio en este instante;

Por tanto, adios.

(Sale Manfredo.)

ABAD. Hubiera sido este
Muy noble criatura; tiene toda
La energía capaz de haber formado
Un hermoso conjunto de grandiosos
Elementos, con tal de que estuviesen
Con acierto mezclados; mas ahora
Es un horrible caos: luz, tinieblas,
Espíritu y arcilla, con pasiones
Y pensamientos puros, confundidos,
Sin órden y sin término luchando;
Ora dormidos, ora destructores.
Sucumbirá, mas ser así no debe;
De nuevo probaré, pues séres tales
De redencion son dignos, y mi cargo
Es arrostrar, sufrir todas las cosas
Por un piadoso fin. He de seguirle;
Mas cauteloso al par que con firmeza.

(Sale el Abad.)

ESCENA II.

Otra habitacion.—MANFREDO.—HERMAN.

HERMAN. A la puesta del sol, señor, mandásteis
Venir; ya se hunde tras de la montaña.

MANFREDO. ¿Es así? Voy á verle.

(Manfredo se adelanta hàcia la ventana del salon.)

¡Astro glorioso!
De la naturaleza primitiva
Ídolo, y de la raza vigorosa
De la robusta humanidad, de aquellos
Gigantes, hijos de la union y abrazos
De ángeles con un sexo mas hermoso
Que ellos, y que hizo descender los séres
Errantes, que jamás volver pudieron [1].
¡Astro glorioso, que adorado fuiste
Sin haberse el misterio revelado
De tu creacion! Tú, anunciador primero
del Todopoderoso, que alegrabas
Sobre las altas cumbres de sus montes
El corazon de los pastores tiernos
De Caldea, que al cabo prorumpian
En oracion! ¡Dios material! ¡Imágen
Que representa al sér desconocido,
Que te ha elegido para sombra suya!
¡Estrella soberana! ¡De mil astros
Centro, que nuestra tierra soportable
Haces, y los matices atemperas,
Y el corazon de todo cuanto gira
Dentro á tus rayos! ¡Dueño de las varias
Estaciones! ¡Monarca de los climas,

Y cuanto en ellos mora! ya distante
Ó ya cercano, el colorido tuyo
Tiñe nuestros espíritus innatos,
Como el aspecto nuestro: te levantas,
Resplandeces y ocultas en tu gloria.
¡Adios, adios! no te veré ya nunca.
Como fué tuya mi primer mirada
De amor y admiracion, ahora recibe
La postrer. No alumbraste sér alguno,
Para quien los presentes de la vida
Y el calor, hayan sido de una especie
Mas fatal. Ya partió, voy á seguirle.

(Sale.)

ESCENA III.

Las Montañas.—El castillo de Manfredo á alguna distancia.—Un terrado delante de una torre.—Anochece.—HERMAN, MANUEL y otros criados de Manfredo.

HERMAN. Es muy extraño; noche tras de noche,
Durante muchos años, ha seguido
Sus veladas en esa torre misma,
Sin testigo. Yo he estado dentro, y todos
Tambien hemos entrado varias veces;
Mas de su contenido fué imposible

Sacar la consecuencia de la clase
A que su estudio tiende. Para verse
Seguro, existe un cuarto do ninguno
Entra: diera mi paga de tres años
Por poder penetrar estos misterios.

MANUEL. Seria peligroso, y así solo
Bástete con saber lo que ya sabes.

HERMAN. ¡Manuel! tú eres mayor, eres discreto
Y pudieras contarnos muchas cosas;
Viviste en el castillo..... ¿cuántos años?

MANUEL. Ya del conde Manfredo al nacimiento,
A su padre servia, el cual en nada
A este se asemejaba.

HERMAN. En igual caso
Hay muchos hijos; pero dí, ¿en qué cosa
Tanto se diferencian?

MANUEL. No hablo nada
De la forma y facciones, solamente
Os hablo del carácter y costumbres.
El conde Segismundo era orgulloso,
Pero franco y alegre; era un soldado,
Y un amigo de fiestas; no vivia
Solitario entre libros; de la noche
No hizo velada lúgubre, al contrario,
Un rato de placer mejor que el dia.
No andaba por las breñas y los bosques

A un lobo semejante, ni evitaba
Los hombres ni sus goces.

HERMAN. ¡Voto á Sanes!....
¡Y qué alegres aquellos tiempos eran!
¡Ojalá que de nuevo visitaran
Estos antiguos techos, que parece
Que ya los olvidaron!

MANUEL. Estos techos,
De amo cambiar primero deberian.
¡Oh! yo ví en ellos muy extrañas cosas,
Herman.

HERMAN. Vamos, sé pues buen camarada;
Para pasar el rato cuenta alguna.
De un suceso que en esta misma torre
Hubo, con gran misterio hablar te he oido.

MANUEL. ¡Fué una noche, en verdad! bien la recuerdo.
Era un anochecer, cual el de ahora,
Y en otra tarde igual; la nube aquella
Rojiza, que descansa en la alta cumbre
De Eigher, tambien entonces descansaba,
Tan igual, que parece ser la misma.
A ráfagas y débil era el viento,
Y la nieve en los montes comenzaba
A relumbrar con la ascendente luna.
Dentro el conde Manfredo de su torre
Cual ahora se hallaba, en qué ocupado

No lo sabemos; mas con él estaba,
De las veladas suyas y escursiones
La única compañera, que de todos
Los objetos que existen terrenales,
Es el que solo amó, segun parece,
Como en verdad la sangre le obligaba.
La señora Astarté, su....

HERMAN. ¡Chist! ¿quién viene?

(Entra el Abad.)

ABAD. ¿Dó está vuestro señor?

HERMAN. Allá en la torre.

ABAD. Tengo que hablar con él.

MANUEL. Es imposible;
Está en lo más privado, y nadie puede
Introducido ser.

ABAD. Sobre mí tomo
La culpa de mi falta, si esto es falta;
Mas necesito verle.

HERMAN. Le habeis visto
Esta tarde otra vez.

ABAD. Herman, te mando
Que llames, y que anuncies mi llegada
Al Conde.

HERMAN. Es que ninguno de nosotros
Se atreve.

ABAD. Pues seré yo mismo entonces

Quien mi designio anuncie.

MANUEL. Deteneos,
Meditadlo, buen padre, os lo suplico.

ABAD. ¿Por qué?

MANUEL. Seguidme pues por esta senda,
Y más allá yo os lo diré en seguida. *(Vánse.)*

ESCENA IV.

Interior de la torre.—MANFREDO solo.

Salieron las estrellas, y la luna
Hiere las cumbres de brillante nieve
De los altivos montes. ¡Cuán hermoso!
Con la naturaleza me detengo,
Y el rostro de la noche me fué siempre
Más familiar que el mismo de los hombres,
Y en su estrellada sombra, de tranquila,
De solitaria y plácida hermosura,
He aprendido el lenguaje de otro mundo.
Aun en mi juventud, recuerdo, cuando
Errante, en una noche parecida
Estaba dentro de los altos muros
Del Coliseo, en medio á los despojos
De la potente Roma más notables:
Los árboles brotando entre los arcos

Destruidos, oscuros se mecian
Sobre el azul sereno de la noche;
Las estrellas brillaban de la ruina
Entre las aberturas; á lo lejos,
De los despiertos perros los ladridos
Aun más allá del Tíber resonaban,
Y más de cerca el grito prolongado
De la lechuza lúgubre salia
Del palacio de César, y alternadas
Las voces de distantes centinelas,
En el viento naciendo y espirando.
Varios cipreses más allá de aquellas
Brechas obra del tiempo, parecian
Bordar el horizonte, aunque se hallaban
A tiro de ballesta. Do habitaron
Los Césares, las aves de la noche
Desacordes habitan, y entre espesa
Arboleda que brota por murallas
Derruidas y enlaza sus raíces
Con los hogares imperiales, ahora
Usurpa el sitio del laurel la hiedra;
Mas de los gladiadores el sangriento
Circo aún está de pié, noble despojo
En ruinosa perfeccion! y en tanto
De César los grandiosos aposentos,
Los salones de Augusto en ignorado

Monton yacen humildes por la tierra.
Y tú brillabas, luna errante, sobre
El conjunto, y lanzabas una dulce
Profusa claridad, que hacia suave
La ruda austeridad de toda aquella
Áspera destruccion, y rellenabas
Cual nuevos los boquetes de los siglos,
Lo que era bello aún, bello dejando,
Hermoseando lo que no era hermoso,
Y hasta aquel sitio religioso haciendo.
¡Una secreta adoracion henchia
El corazon hácia los grandes hombres
De la pasada edad; hácia los muertos,
Pero régios monarcas, que gobiernan
Aun desde sus sepulcros nuestras almas!
¡Era una noche igual! y es muy extraño
Que la recuerde en este mismo instante;
Mas he visto que nuestros pensamientos,
Vagos el vuelo emprenden, en el mismo
Momento en que debieran colocarse
En órden regular meditabundos.

(Entra el Abad.)

ABAD. ¡Mi buen señor! imploro una segunda
Gracia por mi venida; no te ofenda
Por su tenacidad mi humilde celo.
Cuanto tiene de malo, en mí recaiga;

Mas puedan sus efectos saludables
Tu mente iluminar. Así pudiera
Decir tu corazon: si yo lograse
Moverle con palabras ú oraciones,
Un espíritu noble salvaría,
Extraviado, pero no perdido
Completamente aún.

MANFREDO. No me conoces.
Mis dias son contados, y mis actos
Examinados. Vete, ó peligroso
Te puede ser. ¡Aparta!

ABAD. No pretendes
Amenazarme.

MANFREDO. No; solo te digo
Que hay peligro inminente, y preservarte
Quisiera.

ABAD. ¿Qué me indicas?

MANFREDO. ¡Allí mira!
¿Qué ves?

ABAD. Nada.

MANFREDO. Que mires allí, digo,
Y con resolucion. ¿Qué ves ahora?

ABAD. Un sér que deberia estremecerme,
Mas no le temo. Miro una sombría
Y terrible figura levantarse

De la tierra: infernal deidad parece;
Su rostro está cubierto con un manto,
Visten su cuerpo borrascosas nubes,
De pié está entre los dos, mas no le temo.

MANFREDO. Tú no tienes razon para temerle,
Pues no te dañará; mas su presencia
Puede paralizar tus viejos miembros.
Yo te lo ruego, ¡vete!

ABAD. Y yo respondo:
Nunca, hasta haber luchado con aqueste
Demonio. ¿Qué hace aquí?

MANFREDO. ¡Verdad! ¿qué hace?
Yo no mandé por él, él solo vino.

ABAD. ¡Ay, perdido mortal! ¿qué es lo que tienes
Con huéspedes así? por tu fin tiemblo.
¿Por qué él te mira así, y á él le miras?
¡Ah! descubre su rostro, y en su frente
La cicatriz del rayo está grabada,
Y en su mirada lúgubre se ostenta
Toda la eternidad de los infiernos.
¡Aparta!

MANFREDO. Dí, ¿qué buscas?

ESPÍRITU. ¡Ven!

ABAD. ¿Quién eres,
Desconocido sér? ¡habla!.... ¡responde!

ESPÍRITU. De este mortal el génio. ¡Ven!.... ya es hora.

MANFREDO. Para todo me encuentro preparado;
Pero el poder rechazo que me llama.
¿Quién te ha enviado aquí?

ESPÍRITU. Lo sabrás luego.
¡Ven! ¡ven!

MANFREDO. Yo he sometido muchos séres
De una esencia más grande que la tuya,
Y con tus mismos dueños he luchado.
¡Márchate, pues!

ESPÍRITU. ¡Mortal! llegó tu hora.
¡Adelante te digo!

MANFREDO. Sé y sabia,
Que ha llegado mi hora; pero nunca
A séres como tú daré mi alma.
¡Fuera! yo moriré cual viví, solo.

ESPÍRITU. Entonces, llamar debo á mis hermanos.
¡Salid!

(Aparecen otros espíritus.)

ABAD. ¡Atrás, malditos! ¡atrás digo!
Vosotros no teneis poder ninguno
Allí do la piedad su poder tiene,
Y yo os ordeno por su nombre.....

ESPÍRITU. ¡Anciano!
Nos conocemos á nosotros mismos,

Nuestra mision, tu oficio; inútilmente
Tus sagradas palabras no prodigues;
Fuera en vano; este hombre está perdido,
Segunda vez le mando. ¡Fuera! ¡fuera!

MANFREDO. Os desafío á todos, aunque siento
Que el alma me abandona; sin embargo,
Os desafío á todos; de este sitio
No partiré, mientras tuviere aliento
Terrenal con el cual pueda expresaros
Mi desprecio, y con fuerzas terrenales
Combatir, aunque sea con espíritus.
Cuanto de mí tomeis será tomado
Pedazo por pedazo.

ESPÍRITU. ¡Despreciable
Mortal! ¿Este es el Mágico que pudo
Al mundo penetrar de lo invisible
Y un igual á los nuestros casi hacerse?
¿Es posible que tengas á la vida
Tanto amor? ¡á la vida que te hace
Infeliz!

MANFREDO. ¡Impostor demonio, mientes!
En su hora postrera está mi vida,
Lo sé; ni un solo instante de esta hora
Quisiera rescatar: yo no combato
Con la muerte; es contigo y todos esos

Ángeles que ahora mismo te rodean.
Mi poder anterior no fué pactado
Con los tuyos, que fué solo adquirido
Con ciencia superior, austeridades,
Osadía, y á fuerza de desvelos,
Poder de inteligencia, con profunda
Destreza en el saber de nuestros padres,
Cuando la tierra via mano á mano
Con los génios unidos ir los hombres,
Sin la supremacía concederos.
En mi fuerza me apoyo, os desafío,
¡Os reniego, os desprecio y os rechazo!

ESPÍRITU. Pero tus muchos crímenes te han hecho.....

MANFREDO. ¿Que mis crímenes para los séres
Cual tú? ¿Con otros crímenes el crímen,
Y por otros mayores criminales
Se debe castigar? ¡Vuelve á tu infierno!
Que no tienes en mí poder ninguno,
Lo siento; que jamás has de tenerme,
Esto lo sé: lo que hice ya está hecho.
Un tormento interior llevo en mí mismo,
Que no puede aumentar nada en el tuyo.
El inmortal espíritu da el pago
Á sus buenos ó malos pensamientos,
Orígen de su fin y de sus males,

Su lugar y su tiempo: su sentido
Innato, al desprenderse de la humana
Mortalidad, ningun color conserva
De pasajeras y exteriores cosas;
Pero se absorbe en el dolor ó el goce,
Que ambos nacidos son de la conciencia
Que de sus propios méritos adquiere.
No me tentaste, ni podrás tentarme;
Ni tu juguete fuí, ni soy tu presa.....
Mi verdugo seré yo mismo, y solo
Yo mi propio futuro. ¡Atrás, demonios
Engañados! La mano de la muerte
Se estiende sobre mí, mas no la vuestra.

(Los demonios desaparecen.)

Abad. ¡Oh cuán pálido estás! Descoloridos
Están tus lábios y agitado el pecho,
En tu garganta los acentos mueren.
Hácia el cielo dirige tus plegarias,
Ruega aunque con la mente; no así mueras.

Manfredo. Se acabó..... ya no pueden mis turbados
Ojos mirarte; todos los objetos
A mi alredor oscilan, y la tierra
Bajo mis piés parece estremecerse.
Adios, dame tu mano.

Abad. Fria..... fria.....

Y el corazon tambien..... ¡Una plegaria!
¿Qué es lo que en este instante te sucede?
¡Ay!....

MANFREDO. ¡Anciano! morir no es tan difícil.

(Muere.)

ABAD. Partió..... su alma tendió su etéreo vuelo.....
¿Dónde? Tiemblo al pensar..... pero ha partido.

